

¡MIRAD QUÉ AMOR NOS HA TENIDO EL PADRE!

CARTA PASTORAL

**MONS. EUSEBIO HERNÁNDEZ SOLA, OAR
OBISPO DE TARAZONA**

INTRODUCCIÓN

Queridos hermanos y amigos:

El 11 de abril del 2015 el Papa Francisco publicaba la Bula “*Misericordiae Vultus*” (en adelante MV) convocando a la Iglesia Universal a un Año Jubilar Extraordinario. Con tal motivo, a primeros de septiembre publiqué una Carta Pastoral sobre el Jubileo y el modo concreto de celebrarlo en la Diócesis. Pero siempre fue mi intención publicar otra Carta Pastoral en Cuaresma sobre el rico contenido de dicho Jubileo, es decir, sobre la Misericordia de nuestro Dios. Y es la Carta Pastoral que ahora os ofrezco como tema de reflexión para la Cuaresma y para todo este Año Jubilar.

El salmo 50 es uno de los más hermosos y más conocidos: el famoso “Miserere”. El salmo comienza por la palabra Misericordia. Una palabra compuesta de “miseria” y “corazón”. Y sirve para dividir el salmo en dos partes: el reino del pecado y la miseria del hombre; y el reino de la gracia y del amor de Dios.

La misericordia no es otra cosa que el corazón infinito de Dios volcado sobre nuestra miseria. Y lo mismo que las gotas de lluvia se deshacen en el mar, así nuestras limitaciones y miserias, cuando nos arrepentimos, se deshacen en el Océano del Infinito Amor de Dios.

No me voy a salir del texto maravilloso de la Bula del Papa Francisco, resumiéndola en 7 capítulos convencionales, pero dando al número siete el carácter simbólico que encierra.

CAPITULO 1: Dos tiempos

CAPITULO 2: Dos ríos

CAPITULO 3: Una fuente: el Padre

CAPITULO 4: Un nombre: Abbá

CAPITULO 5: Una palabra: Rahamim (las entrañas)

CAPITULO 6: Tres parábolas y un silencio

CAPITULO 7: La dulce mirada

CAPITULO 1: DOS TIEMPOS

En la Biblia se distinguen dos tiempos que solemos designar con dos palabras **cronos** y **kairós**. “**Cronos**” es el tiempo de los hombres, el que contamos y medimos con nuestros “**cronómetros**”. “**Kairós**” es el tiempo en el que **Dios** actúa de un modo especial y, al ser de Dios, no se puede ni contar ni medir.

La vida del hombre es agitada, inquieta, huidiza. Lo expresa muy bien Job: “El hombre nacido de mujer, corto de días, harto de inquietudes..., huye como la sombra sin parar” (Job 14,1-2). De ahí que la muerte venga como ladrón a sorprendernos, a dejarnos frustrados. “Levantán y enrollan mi morada como tienda de pastores. Como un tejedor devanaba yo mi vida y me cortan la trama” (Is 38,12).

En contraposición está el tiempo de Dios, el tiempo de la gracia, de la bondad y de la misericordia. Éste dura para siempre. “Los días del hombre duran lo que la hierba, florecen como flor del campo, que el viento la roza y ya no existe;...pero la misericordia del Señor con sus fieles dura desde siempre hasta siempre” (Sal 103, 15-17).

Dice el Papa Francisco: “En la «plenitud del tiempo» (Gal 4,4), cuando todo estaba dispuesto

según su plan de salvación, Él envió a su Hijo nacido de la Virgen María para revelarnos de manera definitiva su amor” (MV 1).

Hay un tiempo vacío, frustrante, es el tiempo en que Dios está ausente. Y hay un tiempo que se llena de plenitud, es aquel que Dios se hace presente. Y ese momento tuvo lugar con el Misterio de la Encarnación, cuando la Virgen dijo «sí». Nadie ha recogido con tanta emoción e intensidad ese momento sublime como San Bernardo: “El ángel espera tu respuesta, oh María. También nosotros estamos esperando, Señora, este don tuyo que es don de Dios. En tus manos está el precio de nuestro rescate. Responde pronto, oh Virgen. Pronuncia la palabra que la tierra, los infiernos, y hasta el cielo esperan. Abre, oh Virgen bienaventurada, tu corazón a la fe, tus labios a la palabra y tu seno al Creador. Mira, el que es el deseo de todas las gentes está fuera y llama a tu puerta... Levántate, corre, abre. Levántate con la fe, corre con tu afecto, abre con tu consentimiento”.

Discurso programático de Jesús en la Sinagoga de Nazaret. En el Evangelio de Lucas encontramos otro aspecto importante para vivir con fe el Jubileo. El evangelista narra que Jesús, un sábado, volvió a Nazaret y, como

era costumbre, entró en la Sinagoga. Lo llamaron para que leyera la Escritura y la comentara. El texto era el del profeta Isaías donde está escrito: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha unguido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor» (Is 61,1-2). “Un año de gracia: es esto lo que el Señor anuncia y lo que deseamos vivir” (MV 16). Este discurso de Jesús, al inicio del evangelio de Lucas al que alude el Papa Francisco, es sumamente importante.

a) Importante por lo que dice. Jesús hace un comentario al capítulo 61 de Isaías donde Dios aparece como Aquel capaz de dar buenas noticias a los hombres: venda los corazones desgarrados, da la libertad a los cautivos y proclama el «año de gracia del Señor» (v.1) Este Año de gracia hace alusión al año jubilar que se celebraba solemnemente cada cincuenta años y en el que los pobres podían recuperar sus propiedades y con ellas el derecho de ser personas y poder rehacer sus vidas. Lev 25,10-13).

b) Más importante todavía por lo que deja de decir. Lo más genial de Jesús es que, al citar a Isaías, da un corte al texto en el que, se

hablaba también de “día de desquite de nuestro Dios”.

Si tenemos en cuenta que en ese mismo discurso Jesús habla de “una viuda de Sarepta en Sidón” y de “Naamán el Sirio”, personajes que no pertenecen al territorio de Israel, se enojarán tanto con Jesús por esa lectura tan apatriótica del texto que no dudarán en llevarlo a un barranco con intención de despeñarlo (Lc 4, 29).

Para los contemporáneos de Jesús es un escándalo que Jesús haga una lectura universalista de la salvación de Dios para todos los pueblos y más escandaloso todavía que sólo hable de la gracia, de perdón y de misericordia y no diga nada de la ira, el desquite y la venganza de Dios.

Y este escándalo no se acabó entonces sino que ha llegado hasta nosotros. Hay todavía cristianos que tienen los sentimientos de Jonás el profeta, que no puede soportar a un Dios que perdona y se compadece de la ciudad de Nínive: “Sé que eres un Dios bondadoso, compasivo, clemente y misericordioso, que te arrepientes del mal. Así que, Señor, toma mi vida, pues vale más morir que vivir” (Jon 4,2-3).

No cabe duda que, después de Jesús, hay que hacer una lectura nueva del Antiguo Testamento. En él hay líneas convergentes y divergentes. Las que convergen en Cristo y

pasan por el monte de la Bienaventuranzas las aceptamos con gusto. Pero las divergentes, las que se apartan de este Monte, como son la ira, la venganza, la violencia, las matanzas... hay que desecharlas para siempre.

En este sentido debemos escuchar el gran mensaje del Papa Francisco en la Bula “Misericordiae Vultus”: “Hay momentos en los que de un modo mucho más intenso estamos llamados a tener la mirada fija en la misericordia para poder ser también nosotros mismos signo eficaz del obrar del Padre. Por esto he anunciado un Jubileo Extraordinario de la Misericordia como tiempo propicio para la Iglesia, para que haga más fuerte y eficaz el testimonio de los creyentes” (MV 3). “¡Este es el tiempo oportuno para cambiar de vida! Este es el tiempo para dejarse tocar el corazón” (MV 19).

CAPITULO 2: DOS RIOS

La Biblia nos habla de dos ríos en el país de Jesús: uno se llama Jordán. Nace en las faldas del Hermón, se remansa en el lago de Tiberíades y atraviesa Palestina de Norte a Sur hasta desembocar en un Mar sin salida, el Mar muerto. Es el río de la historia, no sólo de la historia de Israel sino de la historia de la Humanidad. Desde Caín que mata a su hermano Abel no han cesado los crímenes, las injusticias, la violencia, los atropellos contra la dignidad del hombre y los derechos humanos. Humanamente es un río sin salida. Su destino es la muerte.

A este río se refería el Papa Francisco en la homilía del 1 de Enero en la festividad de Santa María: “Cada día, aunque deseamos vernos sostenidos por los signos de la presencia de Dios, nos encontramos con signos opuestos, negativos, que nos hacen creer que Él está ausente. La plenitud de los tiempos parece desmoronarse ante la multitud de formas de injusticia y de violencia que golpean cada día a la humanidad. A veces nos preguntamos: ¿Cómo es posible que perdure la opresión del hombre contra el hombre, que la arrogancia del más fuerte continúe humillando al más débil, arrinconándolo en los márgenes más miserables de nuestro mundo? ¿Hasta cuándo la maldad

humana seguirá sembrando la tierra de violencia y de odio, que provocan tantas víctimas inocentes? ¿Cómo puede ser este un tiempo de plenitud, si ante nuestros ojos muchos hombres, mujeres y niños siguen huyendo de la guerra, del hambre, de la persecución, dispuestos a arriesgar sus vidas con tal de que se respeten sus derechos fundamentales? Un río de miseria, alimentado por el pecado, parece contradecir la plenitud de los tiempos realizada por Cristo. Acordaos, queridos *pueri cantores*, que ésta era la tercera pregunta que ayer me hicisteis: ¿Cómo se explica esto...? También los niños se dan cuenta de esto”.

El otro río es río de Dios, el río de la esperanza. Es la gran visión del gran profeta Ezequiel, desterrado en Babilonia, después de la caída del Templo de Jerusalén. “Un río que baja del zaguán del Templo... Al principio llevaba poca agua de modo que el hombre lo podía atravesar; pero llegó un momento en que creció tanto que no se podía hacer pie; era un torrente que no se podía vadear...un río que desembocará en el Mar Muerto, el mar de las aguas pútridas y lo saneará...y habrá vida allá donde llegue la corriente... A la vera del río, en sus dos riberas, crecerá toda clase de frutales, dará cosecha nueva cada luna, porque la riegan aguas que manan del santuario, su fruto será comestible y

sus hojas medicinales”. (Ez 47, 1-12).

Preciosa visión del profeta en el momento más crítico y oscuro de su historia. El río de la miseria y de la muerte es saneado por el torrente de agua que viene de parte de Dios. Agua que da vida a las plantas, a los animales y al hombre. El contraste de estos dos ríos lo describe muy bien el Papa Francisco: “Y, sin embargo, este río en crecida nada puede contra *el océano de misericordia* que inunda nuestro mundo. Todos estamos llamados a sumergirnos en este océano, a dejarnos regenerar para vencer la indiferencia que impide la solidaridad y salir de la falsa neutralidad que obstaculiza el compartir. La gracia de Cristo, que lleva a su cumplimiento la esperanza de la salvación, nos empuja a cooperar con él en la construcción de un mundo más justo y fraterno, en el que todas las personas y todas las criaturas puedan vivir en paz, en la armonía de la creación originaria de Dios” (Papa Francisco, Homilía del 1 de Enero del 2016).

CAPITULO 3. UNA FUENTE: EL PADRE

Las fuentes han fascinado siempre a los hombres: el agua que sale de la hendidura de la roca es como el surgir del misterio, la inesperada aparición de algo desconocido y a la vez íntimamente deseado, un flujo vital que viene de las profundas entrañas de la tierra y que es el símbolo mismo de la vida humana, de la vida que hay escondida en el corazón de todo hombre y que hunde sus raíces en Dios-Padre.

La idea de Dios-Padre en el AT. La revelación de Dios como Padre es el gran mensaje de Jesús. Para eso ha venido al mundo. Él quiere conducirnos hasta el mismo corazón del Padre y quiere enseñarnos a navegar en ese mar inmenso e infinito de su amor. “La esencia del cristianismo radica en el mensaje de Jesús sobre la paternidad divina”.

Es necesario que los cristianos “conozcamos al Padre”, dando al verbo “conocer” su verdadero significado bíblico: “el que no ama no conoce a Dios” (1 Jn 4,28). Sólo desde el amor se tiene experiencia de Dios. El médico puede someter al enfermo a un examen de “electroencefalograma”, pero este hecho no le da suficiente capacidad para conocer al enfermo. Mientras que la mamá, que está ahí en la

cabecera cuidando a su hijo, ella sí que le conoce. Intentemos llegar al conocimiento del Padre a través del amor de su Hijo.

Volvamos de nuevo a retomar esta idea. ¿No tenemos a un Dios que es Padre? ¿Un Dios que nos ha creado? (Mal 2,10) ¿No es Él tu Padre y tu Creador? (Dt 32,6). Ahora bien, si Dios es el Padre que nos ha creado, esto traerá unas consecuencias:

Dios no puede dejar de amar aquello que ha creado. “Amas cuanto existe y nada desprecias de lo que hiciste. Si odiaras una cosa, no la habrías creado, y ¿cómo existiría algo si Tú no lo quisieras? (Sab 11, 24-25).

Toda la creación está sembrada de semillas de amor. Por eso Jesús da gracias al Padre, Señor de cielo y tierra (Mt 11,23). Jesús no se ha encontrado con una naturaleza muerta sino viva: el sol, la luna, los ríos, los pájaros y las flores, son obra del Padre. A través de todas ellas Jesús se siente fuertemente atraído, arrastrado hacia el amor. Nadie ha gozado tanto de la naturaleza como Jesús, pues toda ella la ha mirado con ojos de amor. Y el Padre Dios nos entrega la Naturaleza a todos sus hijos para que la disfrutemos.

El salmo 8 nos habla de la Creación como una “obra de sus dedos”. Se trata de una obra menuda, artesanal, pasada por los dedos de Dios

en una filigrana de amor.

El Papa Francisco se ha dejado interrogar por los niños. Uno de ellos le ha preguntado: ¿Qué había antes de la creación de las cosas? Respuesta del Papa: “Dios desde siempre es Amor. Y la creación fue una manifestación de ese amor”.

El hombre tendrá confianza de acudir a ese Dios en momentos de angustia. Por eso Isaías, para levantar el ánimo del pueblo que está en el exilio y constatar que el Templo está en ruinas, le dirá a Dios: “Tú eres nuestro Padre, nosotros somos arcilla y Tú el alfarero. Somos obra de tus manos” (Is, 64,7).

El mismo Jesús, en los momentos de la Cruz, acude al salmo 21. Es verdad que siente la lejanía de Dios cuando dice: “Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (v. 2). Pero sabe también acudir a Dios con estas palabras conmovedoras del mismo salmo: “Tú me sacaste del vientre de mi madre, me pusiste en tu regazo; desde antes de nacer, a Ti me confiaron... desde el vientre de mi madre, Tú eres mi Dios” (v.10). Por eso, Aquel que en un momento se siente “abandonado de Dios” termina “abandonándose en Dios” (Lc 23,46).

El salmista se siente hijo de Dios desde su nacimiento; precisamente porque Él nos ha creado, sabe comprendernos: “Él sabe de qué

estamos hechos; se acuerda que somos de barro” (Sal 103, 14).

Dios Padre y la elección. El tema de Dios-Padre está también unido al de la “elección”. Israel es el primogénito de Dios porque lo ha elegido en medio de todos los pueblos: “El Señor te eligió para que seas, entre todos los pueblos de la tierra, su propio pueblo” (Dt 14,1-3). Y también: “Mandó Moisés a decirle al Faraón: Israel es mi hijo, mi primogénito” (Ex 4,22).

La elección está enraizada en una historia concreta. Es decir, la certeza de que Dios es Padre, e Israel es su hijo, no se basa en una mitología como los otros pueblos, sino en la salvación que Israel ha experimentado en la historia por parte de Dios. Una historia maravillosa tejida por el amor. El Deuteronomio lo resume de esta manera: “Encontró a su pueblo en el desierto, en la soledad rugiente de la desolación. Lo abrazó y se cuidó de él, lo guardó como a las niñas de sus ojos” (Dt 32,10). Israel es el pueblo mimado de Dios.

Este amor paternal de Dios a causa de la elección, es totalmente gratuito. Israel no puede alegar mérito alguno: “Si el Señor se enamoró de vosotros y os eligió, no fue por ser vosotros más numerosos que los demás; porque sois el pueblo más pequeño, sino por puro amor” (Dt 7,7).

Dios no ha sido correspondido por el pueblo. A Dios le duele el no ser correspondido como Padre. Y se queja: “¿Así le pagas al Señor, pueblo necio e insensato? ¿No es él tu padre y tu creador, el que te hizo y te constituyó?” (Dt 32,6).

Una de las consecuencias graves del pecado es que frustra los proyectos de Dios sobre nosotros. Dios nos ha soñado desde toda la eternidad; y los sueños de Dios sólo pueden ser sueños bonitos, sueños de amor:

“Yo me había dicho:

Quisiera contarte entre mis hijos
y darte una tierra envidiable en
heredad: la perla de las naciones.

Esperaba que me llamaras «padre mío»,
que nunca te apartaras de mí”

(Jer 3,19-20).

Dios misericordioso con el pueblo. Con todo, el pecado no destruye la actitud paternal de Dios. El pueblo, tras su infidelidad, vuelve a Dios por la penitencia y Dios responde siempre con su perdón. Y es precisamente esta actitud misericordiosa de Dios con su pueblo la que le hace exclamar al profeta: “¿Qué Dios hay como tú, capaz de perdonar el pecado, de pasar por alto la falta del resto de tu heredad?” (Miq 7,18).

La historia de Israel está envuelta en luces y sombras. Pero lo que nunca ha perdido ese pueblo es la confianza en su Dios. La razón es que Dios-Padre está muy por encima de los pecados e infidelidades del pueblo. Y esto lo saben muy bien los profetas, verdaderos voceros de Dios: “¡No temas! ¡Sión no desfallezcas! El Señor está en medio de ti, valiente y salvador; se alegra y se goza contigo como en día de fiesta” (Sof 3,16-18).



CAPITULO 4: UN NOMBRE: ABBÁ

Jesús se dirige a Dios llamándole “mi Padre”. Esto es totalmente nuevo. Nadie ha mostrado un solo caso en el que una persona individual haya tenido la osadía en Israel de dirigirse a Dios llamándole “padre mío”. Se pregunta San Ireneo: ¿Qué trajo nuestro Señor con su venida? Dense cuenta de que trajo toda novedad trayéndose a sí mismo”.

Interesa conocer el contexto histórico del pueblo judío en tiempo de Jesús con relación al tema que nos ocupa. A partir del s. III antes de Cristo, los judíos ya no pronunciaban el nombre propio de Dios “Yavé” por sentido de respeto y lo habían sustituido por “*adonay*”, que significa «Señor». Sólo en el día de la Expiación, el “*yom kippur*”, el Sumo Sacerdote, en voz baja y en nube de incienso, decía “Yavé”.

La comunidad de los “esenios” se estaba preparando para la venida del Mesías. Llevaban una vida muy austera, incluso eran célibes. Pero albergaban una gran soberbia. Ellos eran “los hijos de la luz” y los demás “los hijos de las tinieblas”. Éstos caían bajo el dominio de Satanás y a ellos les dirigían esta terrible oración: “Maldito seas, que nadie tenga misericordia de ti, tus obras son tinieblas. Que seas condenado a la oscuridad del fuego eterno.

Que Dios no se digne mostrarse favorable a tus gritos; que no se perdonen ni permita que se expíen tus pecados. Que eleve sobre ti el rostro de su cólera y de su venganza y que no encuentres nunca la paz”.

En este contexto es donde Jesús se dirige a Dios llamándole “mi Padre”. Y lo más novedoso es que, cuando Jesús se dirige a Dios su Padre usa la palabra aramea “*abbá*”. La palabra “*abbá*” era un sonido balbuciente. En el libro judío “El Talmud”, se afirma:” Cuando un niño experimenta el gusto del trigo, es decir, cuando se le desteta, aprende a decir “*abbá*” e “*imma*”, que quiere decir “papá” y “mamá”. Era el lenguaje de los niños. Por eso nunca se usaba esta palabra en las oraciones de los judíos. Para una mentalidad judía habría sido irreverente, incluso escandaloso, el llamar a Dios con esa familiaridad. Por eso era algo nuevo e inaudito que Jesús se atreviera a hablar con Dios con la simplicidad, la intimidad y la seguridad de un niño.

“*Abbá*” más que una palabra es una respuesta ya que un hijo dice “papá” a aquel que se da a conocer como padre. La iniciativa es del padre. Dios Padre ha pronunciado sobre Jesús estas palabras: “Tú eres mi Hijo. Yo te he engendrado hoy” (Heb 5,5,) Dios es Padre porque engendra, hace surgir un Hijo. Dios es el

Padre de nuestro Señor Jesucristo (Rom 15,6). Este Hijo vive naciendo del Padre en un “hoj eterno”. Y es el único que llena de felicidad el corazón de este Padre. “Es el Hijo en quien se complace” (Mc 1,11).

El Hijo, al oír estas palabras inefables, se conmueve, se estremece, y queda “sobre-cogido”. Al no tener palabras para expresar esa inefable vivencia personal, se limita a balbucear un “*abbá-Papá*”. Y en esta palabra se concentra todo el misterio del Dios-Amor. La palabra “Padre” no caía de los labios de Jesús. Tanto hablaba de su Padre que uno de los discípulos le dice: “Muéstranos al Padre y nos basta” (Jn 14,8). “*Abbá*” es una palabra que supone una revelación; es como la punta de un iceberg, de una experiencia inefable y única.

Jesús tiene un modo peculiar de orar. Jesús estaba orando en cierto lugar. Cuando acabó, uno de los discípulos le dijo: “Maestro, enséñanos a orar como Juan enseñó a sus discípulos” (Lc 11,1). Los discípulos de Juan tenían su oración propia, que los distinguía de los otros grupos. Es lógico que los discípulos de Jesús quieran tener una oración que los distinga de los otros grupos religiosos. Jesús condesciende a esta petición y les dice: “Cuando oréis, decid: “*abbá*”.

El evangelista nos dice que Jesús se pasó

la noche orando. Lo que Jesús transmite no son palabras sino su propia experiencia con el Padre. Jesús nos enseña a hablar con Dios con la sencillez, el encanto, y la confianza que un niño lo hace con su papá.

Dice a este propósito Romano Guardini: “Cuando Jesús venía de aquel retraimiento en la oración que Él tanto amaba, los discípulos percibieron el sagrado contacto que quedaba en torno de Él y pidieron ser admitidos en esa esfera”.

Cuando Jesús oraba en la noche, al día siguiente los discípulos percibían en el rostro de Jesús una irización de divinidad, un rostro transfigurado, mucho más que el rostro de Moisés cuando bajaba del Monte. Por otra parte, cuando Jesús, después de una noche de oración con su Padre, bajaba a la vida, al contacto con los hombres, se deshacía en bondad y ternura. Tenía un encanto, una dulzura especial. Y esto provoca en los discípulos una santa envidia. Y le piden meterse ellos en esa zona misteriosa, piden participar de esa experiencia.

Por eso Jesús, al entregar el Padre Nuestro, nos dice que también nosotros debemos decir “*abbá*”. Y esto es tan inmenso que las comunidades primitivas han quedado estremecidas, hasta el punto de no atreverse a

traducir la palabra de Jesús.

Un autor cristiano del siglo V, San Pedro Crisólogo, nos dice bellamente: “El mismo Dios nos enseña a orar: Padre Nuestro. Nos empuja a orar así y nos lo manda. Por eso seguimos el amor que nos arrastra, seguimos el cariño que nos invita. Que Dios es nuestro Padre, lo siente nuestro corazón, lo confiesa nuestra alma, lo proclama nuestra lengua. Y todo lo que hay en nosotros corresponde a la gracia y no al temor; porque quien de juez pasó a ser nuestro Padre, quiere ser amado y no quiere ser temido”.

Ahora podemos entender mejor las palabras del Papa Francisco en la bula: “Repetir continuamente “eterna es su misericordia”, como lo hace el Salmo, parece un intento por romper el círculo del espacio y del tiempo para introducirlo todo en el misterio eterno del amor. Es como si se quisiera decir que no solo en la historia, sino por toda la eternidad, el hombre estará siempre bajo la mirada misericordiosa del Padre” (MV 7).

Y antes de seguir adelante, procuremos hacer ahora un silencio en nuestro corazón y un esfuerzo en nuestra mente para escuchar esta palabra “*abbá*” como si nunca la hubiéramos escuchado, como si fuera la primera vez que la oímos. Dios es mi Padre. Mi Papá.

Ningún canto de pájaro había sonado tan

dulcemente sobre nuestro mundo. Ningún soplo de primavera había rozado tan suavemente nuestra tierra. Ninguna palabra humana había calado tan honda en este pobre, menesteroso y pordiosero corazón humano. El siempre recordado sacerdote y periodista español Martín Descalzo recoge, emocionado, este momento solemne y nos dice: “Y cuando Jesús dijo «Padre» el mundo se preguntó por qué aquel día amanecía dos veces. La palabra estalló en el aire como una bengala y todos los árboles quisieron ser frutales y los pájaros decidieron enamorarse antes de que llegara la noche. Hacía siglos que el mundo no había estado tan de fiesta: los lirios comenzaron a parecerse a las trompetas y aquella palabra comenzó a circular de mano en mano, bella como una muchacha enamorada. Los hombres husmeaban el continente recién descubierto y a todos parecía imposible, pero pensaban que, aun como un sueño, era ya suficientemente hermoso. Aquel día los hombres comenzaban a ser felices porque dejaron de buscar la felicidad como quien excava una mina. No eran felices porque eran felices, sino porque amaban y eran amados; porque su corazón tenía una casa y su Dios las manos calientes”.

Cómo vivió esta experiencia del Padre la primera comunidad cristiana.

Como esta palabra “abbá” era propia de Jesús y “estaba ligada en el recuerdo de los discípulos al asombro frente a una cosa inaudita” (H. Van Bussche), las comunidades cristianas, incluso las de lengua griega, conservaron esta invocación en su original arameo: “El Espíritu grita en nosotros «*abbá*»” (Gal 4,6).

San Pablo no se ha repuesto del asombro que provoca esa palabra en Él. Por eso al comienzo del himno a los Efesios, Pablo cae de bruces y con el corazón estremecido y los ojos arrasados en lágrimas, exclama: “Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo” (Ef 1,3).

Eso mismo le ocurre a la primera comunidad de Roma. Los judíos convertidos al cristianismo, siguiendo la tradición, no podían pronunciar esa palabra. Por eso fue necesaria la presencia del Espíritu Santo en ellos: “No habéis recibido un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino que habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción en el que clamamos ¡*abbá*, Padre! Ese mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios, y si hijos, también herederos” (Rom 8,15-17).

El apóstol San Juan está disfrutando escribiendo sobre la maravilla de la filiación divina. De pronto, se queda sorprendido por una fuerza interior irresistible y exclama: “¡Mirad

qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!... ahora somos hijos y aún no se ha manifestado lo que seremos!” (1 Jn 3,2). Este testimonio de Juan nos ha servido de título para esta carta pastoral. Y en este texto descubrimos un pasado, un presente y un futuro.

Pasado: “Mirad qué amor nos ha tenido”. El mejor comentario lo hace San Pablo en la carta a los Efesios cuando dice: “Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante Él por el amor” (Ef 1,4). En Cristo todos tenemos una pre-existencia. Antes de la creación del mundo el Padre nos ha visto ya en Cristo. Desde toda la eternidad todos hemos sido objeto de unos sueños eternos.

Presente. “¡Lo somos!” Da la sensación de que el apóstol Juan no acabara de creérselo. Es como esos papás que han estado años esperando un hijo y por fin les llega. No caben de alegría y exclaman: «¡Somos papás! ¡Lo somos!».

Futuro. “Aún no se ha manifestado lo que seremos” Para el apóstol el futuro va a ser mucho mejor que el presente y el pasado. Si un Padre, ya en este mundo, nos trata de esa manera ¿Qué hará con nosotros cuando lleguemos al cielo? De un Padre inmensamente poderoso e infinitamente bueno se puede

esperar cualquier cosa. ¡Es tiempo de soñar! Una eternidad se pasó Dios soñando en nosotros. ¿Es mucho que nosotros nos pasemos este breve tiempo de la vida soñando en Él? Sabemos que todos nuestros sueños se quedarán cortos.

Un Maestro espiritual hablaba de Dios a sus discípulos. Uno de ellos le pregunta: Si Dios es indecible, ¿por qué hablas tanto de él? El gran gurú responde: “¿acaso el pájaro puede dejar de cantar? Bonita respuesta. Cuando se trata de Dios, más que contar hay que cantar. Cuando contamos las cosas de Él lo reducimos a conceptos y definiciones. Cuando “cantamos” sobre Él, queremos expresar con nuestros sentimientos aquello que no podemos decir con las palabras. Cantar con el balbuceo de un niño, “*abbá*” es una de las oraciones más bonitas que podemos hacer a nuestro Dios.

Cuando el Papa Francisco titula su último libro: “El nombre de Dios es misericordia”, él sabe que Dios tiene muchos nombres, pero el que más y mejor lo define es ése. Y así se acerca a la definición que nos da el propio apóstol San Juan: “Dios es Amor” (1 Jn 4,8). Cuando vivimos dentro de esta esfera del amor, vamos por buen camino, pero si nos salimos de esa esfera, debemos tener cuidado de no convertir a Dios en “un ídolo”. “En este Jubileo dejémonos

sorprender por Dios. Él nunca se cansa de destrabar la puerta de su corazón para repetir que nos ama y quiere compartir con nosotros su vida” (MV 25).

CAPITULO 5: UNA PALABRA: RAHAMIM (LAS ENTRAÑAS)

Hay varias palabras que atraviesan todo el Antiguo Testamento y son “clave” para entender el amor desbordante de Dios. Una de ellas es “*hésed*”, que traducimos por “*amor*”: “Con amor eterno te amé” (Jer 31,3). Otra es “*émet*”, que significa solidez, seguridad, y traducimos como “fidelidad”: “Doy gracias a tu nombre por tu fidelidad” (Sal 38,2).

Entre estas palabras la más importante es “*rahamim*”, plural de “*rehem*”, que indica en hebreo el seno materno, y por extensión “las entrañas”. De esta raíz brotarán las frases más maravillosas y tiernas de la Biblia: “Sión decía: El Señor me ha abandonado, se ha olvidado de mí. ¿Puede acaso una madre olvidarse del niño que lleva en sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidara, yo no me olvidaría de ti. Mira, te llevo grabado en las palmas de mis manos” (Is 49,15-16).

Estamos tatuados en las manos de Dios. Es más, estamos “entrañados en él”. Y si una madre no puede olvidar al niño que lleva en sus entrañas durante nueve meses, ¿cómo se va a olvidar de nosotros Aquel que nos lleva en sus entrañas desde toda la eternidad? (Jer 31,3).

En la vida hay muchos amores: amor de

amigo, de hermano, de esposo, de padre. Pero amor “entrañable” sólo hay uno: el de la madre que nos ha llevado en sus entrañas. A este amor se refiere Dios cuando dice: “Escuchadme, casa de Jacob, y todo el resto de Israel, que habéis sido llevados por Mí desde el vientre, sostenidos desde el seno materno” (Is 46,3). ¡Escuchadme! Dios tiene derecho a que le escuchemos, le hagamos caso. ¿A qué argumentos acude? ¿A su poder? ¿A su sabiduría? No. A su amor de madre. “Nos ha llevado en su vientre”, nos ha sostenido dándonos su amor entrañable desde el seno materno: “Cuando Israel era niño yo le amé y de Egipto llamé a mi hijo...Yo enseñaba a Israel a caminar, lo llevaba en brazos. Con cuerdas de cariño lo atraía, con lazos de amor; fui con él como quien alza un niño a las mejillas, y me inclinaba hacia él para darle de comer”. (Os 11,1-4). Las cuerdas de Dios son cuerdas de cariño. Israel va unido a su Dios como por un “cordón umbilical”. El hecho de inclinarse para darle de comer, los comentaristas lo interpretan como la mamá que se inclina para dar de mamar a su pequeño.

El salmo 131,2 abunda en la misma idea: “Yo acallo y modero mis deseos como un niño en brazos de su madre”. En realidad, el texto original tiene mucha más fuerza:” Como un niño que acaba de mamar” (Sal 131,2). El niño, antes

de mamar, llora y se agita por el hambre. Mientras está mamando siente ansiedad hasta que llena el estómago. Sólo después de mamar se siente feliz, satisfecho, y se queda dormido en los brazos de su madre. También nosotros, como niños, nos sentimos felices, envueltos en la ternura de Dios como Madre.

A veces en la Biblia se habla de la vocación tanto a nivel personal como a nivel de pueblo. Y se dice que esa vocación se da “desde el vientre de la madre”: “Antes de formarte en el vientre te conocí, antes que salieras del seno te consagré” (Jer 1,5); y también: “porque el Señor me ha llamado desde el vientre de mi madre, desde el seno ha pronunciado mi nombre...y me dijo: tú eres mi siervo Israel” (Is 49,1).

Naturalmente que aquí no se habla de un nacimiento meramente cronológico de la vocación. El seno materno es el taller donde Dios, como una Madre, trabaja al profeta con inmenso cariño, con exquisito amor. Desde el seno materno Dios nos sueña. En este sentido son impresionantes las palabras del salmo: “Tú has creado mis entrañas, me has tejido en el seno materno. Cuando en lo oculto, me iba formando, y entretejiendo en lo profundo de la tierra, tus ojos veían mis acciones, se escribían todas en tu libro” (Sal 138,13-16).

Lo que ocurre en el seno materno no es

producto de meras fuerzas naturales. Hay Alguien que, con infinito amor, nos va tejiendo en ese misterio de la maternidad. Ya desde el seno materno Dios va preparando el libro donde se va a escribir la historia de cada uno. Cuando esa historia se vaya realizando y nos encontremos con especiales dificultades, siempre podremos acudir con confianza a Aquel que ha estado con nosotros desde el comienzo de nuestra existencia.

Dios ha hablado de dar a su pueblo un país que “mana leche y miel”. El prestigioso escritor E. Fromm, en su famoso libro “El arte de amar” nos dice: “la leche es el símbolo del primer aspecto del amor: el cuidado y la afirmación. La miel significa la dulzura de la vida, el amor por ella y la felicidad de estar vivo”.

En el Nuevo Testamento, a medida que a Jesús se le acerca la muerte, se siente más maternal. Y decía: “Jerusalén, Jerusalén, ¡cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas” (Mt 23,37). Dios se presenta como un ave que cobija, que da calor, que protege. Jesús se siente como una madre que recoge las experiencias de amor y ternura de Dios en el AT.

Y poco antes de morir dice: “Hijitos míos, ¡qué poco me queda de estar con vosotros! (Jn 13,33). Sabemos que en arameo, la lengua

que habló Jesús, no existen los diminutivos. Pero el que escribe es un testigo ocular, Juan, el discípulo amado, el que descansó la cabeza sobre el pecho de Jesús. Él no sólo ha captado sus palabras sino también sus sentimientos, sus emociones y “el tono en que esas palabras han sido dichas”. Y para ser fiel a todo esto se ha visto precisado a poner la frase en diminutivo.

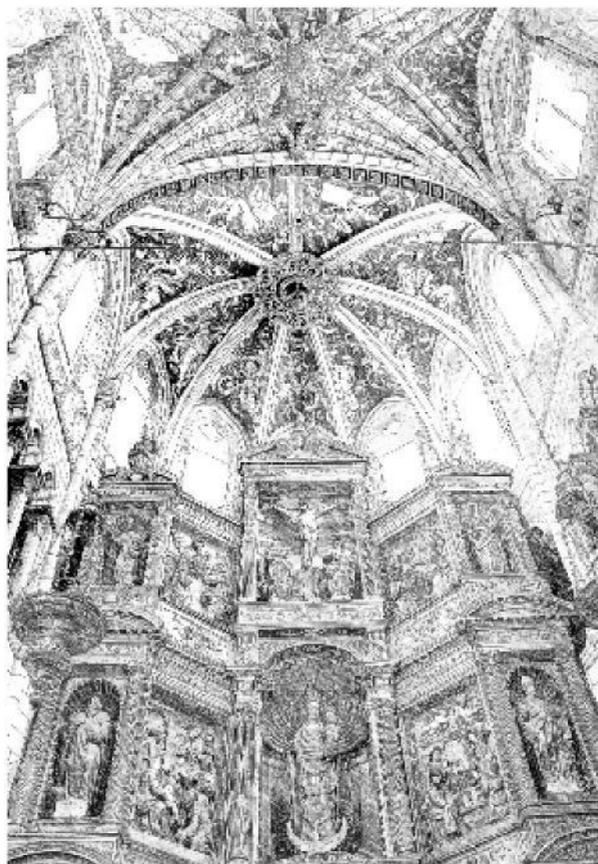
Jesús al morir se ha revestido de entrañas maternas. Y nos ha invitado a abandonarnos a un Dios que es Padre y Madre conscientes de que “siempre hay futuros de esperanza en el útero eterno” (Rubén Darío).

Sabemos que Unamuno fue un hombre atormentado por la fe. La vivió como una auténtica lucha, hasta escribir “la agonía del cristianismo”. Al final quiso que, sobre su sepultura, se leyera este epitafio:

”Oh Padre eterno,
acógeme en tu seno,
misterioso hogar;
pues vengo deshecho
del duro bregar”.

El Papa Francisco, en la bula del Jubileo de la Misericordia, quiere resaltar en nuestro tiempo atormentado, la ternura de Dios: “Así pues, la misericordia de Dios no es una idea

abstracta, sino una realidad concreta con la cual Él revela su amor, que es como el de un padre o una madre que se conmueven en lo más profundo de sus entrañas por el propio hijo. Vale decir que se trata realmente de un amor “visceral”. Proviene desde lo más íntimo como un sentimiento profundo, natural, hecho de ternura y compasión, de indulgencia y de perdón” (MV 6).



CAPÍTULO 6: TRES PARÁBOLAS Y UN SILENCIO

Comenzamos por unas palabras del Papa Francisco en la Bula de la Misericordia: “En las parábolas dedicadas a la misericordia, Jesús revela la naturaleza de Dios como la de un Padre que jamás se da por vencido hasta tanto no haya disuelto el pecado y superado el rechazo con la compasión y la misericordia. Conocemos estas parábolas; tres en particular: la de la oveja perdida y de la moneda extraviada, y la del padre y los dos hijos (Lc 15,1-32). En estas parábolas, Dios es presentado siempre lleno de alegría, sobre todo cuando perdona. En ellas encontramos el núcleo del Evangelio y de nuestra fe, porque la misericordia se muestra como la fuerza que todo vence, que llena de amor el corazón y que consuela con el perdón” (MV 9).

En el capítulo anterior hemos descrito el rostro de Dios como Padre y como Madre. A la luz de este nuevo rostro de Dios, adquiere una especial relevancia el mensaje de los profetas. Los profetas son gente genial. Son artistas, poetas, soñadores. ¿Qué sueñan los profetas?

Los sueños de los profetas, a veces, nos parecen demasiado atrevidos, incluso escandalosos. Llegará un día en que “ya no te llamarán a ti «Abandonada», ni a tu tierra

«Devastada». A ti te llamarán «Mi predilecta» y a tu tierra «Desposada» (Is 62,4). ¿Qué lenguaje es éste? Es lenguaje de enamorados. Esta tierra nuestra, con sus espinos y abrojos, con sus crímenes, con sus atropellos, con sus miserias y pecados, será la novia de Dios. Dios en la persona de Jesús se desposará con la humanidad. Dios gozará con su criatura como un joven esposo perdidamente enamorado de su esposa. “Como se regocija el marido con su esposa, se regocija tu Dios contigo” (Is 62,5b). Cuando escuchamos estas palabras de los profetas, nos preguntamos: ¿Estará Dios en sus cabales? ¿No habrá perdido el juicio?

Hay tres parábolas en el evangelio de Lucas que han sido muy estudiadas. Un gran especialista Joaquín Jeremías indica que el núcleo fundamental de estas parábolas es la **insensatez**. Es insensato un padre que, después que el hijo le ha abandonado y se ha comido toda la hacienda con prostitutas, abraza a ese hijo y le meta en la fiesta. Es más insensato un pastor que deja noventa y nueve ovejas en el redil y va en busca de una descarriada. Después la carga sobre sus hombros y celebra este acontecimiento con los amigos. La insensatez llega al colmo cuando una mujer que ha perdido una moneda de poco valor, enciende una lámpara, pase la noche

buscándola y, cuando la encuentra, invite a las vecinas a celebrarlo. Lo que se gasta en la fiesta vale más que la moneda. La conclusión es clara: Ha llegado un tiempo, el anunciado por los profetas, en que Dios se ha vuelto loco por amor al hombre.

San Lucas ha dado mucha importancia en su evangelio a la denominada “sección del camino” (Lc 9,51-19,27). Aquí ha insertado aspectos importantes del seguimiento de Jesús: El Padre Nuestro, la Palabra de Dios, el amor concreto al hermano etc... Pues bien, en el centro de esa sección ha puesto estas parábolas de la misericordia. Jesús, durante el viaje, enseña a sus seguidores a ser buenos discípulos, pero en el centro de su enseñanza nos va a describir el verdadero rostro de Dios: un Padre lleno de ternura y misericordia.

En este sentido hay que leer los dos primeros versículos del capítulo quince: “Todos los recaudadores y pecadores se acercaban a escucharle, de modo que los fariseos y los letrados murmuraban. «Éste recibe a pecadores y come con ellos». Él les contestó con estas parábolas...” (Lc 15,1-2).

Estas parábolas, en especial la del Padre Bueno, son la justificación del proceder de Jesús. Es como decirles: Lo siento por vosotros, pero Dios es así. Son parábolas-revelación.

Gestos exagerados. No es normal que una mujer pierda la noche buscando una moneda de escaso valor. Menos normal que un pastor deje en peligro noventa y nueve ovejas por ir a buscar una. Pero las mayores anormalidades se dan en la actitud de ese padre para con el hijo pródigo. Veamos:

- Un padre no entrega nunca la herencia al hijo en vida. La costumbre era entregarla después de la muerte.

- Un padre nunca corre a buscar al hijo. Según la costumbre, el padre está sentado en casa. Es el hijo el que debe venir a buscarlo.

- Cuando viene el hijo, el padre podía haber adoptado varias actitudes más razonables.

Pongamos unas hipótesis:

- Podía haberle dado lo que el hijo pedía: entrar en casa pero como un obrero, no como hijo. Pero no lo hizo.

- Podía haberle perdonado, pero dándole una amonestación: Te perdono y te doy una oportunidad. Pero si vuelves a hacer lo mismo aquí ya no entras más. Tampoco lo hace.

- Finalmente, el padre podía haberle perdonado diciendo: Hijo mío, eres joven y se te han cruzado los cables. Pero yo soy tu padre y te perdono todo. Para mí eres el mismo de antes. Olvida todo como yo lo he olvidado. Haz que esto

sea un paréntesis, un episodio, pero vuelve a casa como si nada hubiera pasado. Aquel muchacho se hubiera sentido muy feliz con esta acogida.

Sin embargo, el padre hace lo inaudito, lo que el hijo, de ninguna manera podía imaginar: el padre ve de lejos al hijo y corre, le besa, le abraza, no le deja pedir excusas, le calza, le viste, le devuelve el anillo... y manda matar el ternero reservado para la fiesta. Todos estos excesos, estas exageraciones, este interés por salirse de lo normal, nos quiere decir que así de loco, así de exagerado, así de escandaloso es el amor del Padre-Dios.

La invitación a la fiesta. No falta en ninguna de las parábolas. Hay alegría, música, baile. Y por el modo de narrar, da la impresión de que todo en las parábolas quiere desembocar en esto: hay que celebrarlo. En el evangelio de Lucas todos los encuentros de Jesús con pecadores terminan de la misma manera: en un contexto de fiesta.

-Jesús perdona los pecados a la pecadora en un banquete (Lc 7, 36-50).

-El encuentro con Zaqueo se celebra con un banquete (Lc 19,6).

-Con motivo del encuentro del hijo con el padre se organiza la gran fiesta: música, danza y ternero cebado.

-El encuentro con el ladrón arrepentido a última hora, como ya no puede celebrarse la fiesta aquí en la tierra, se celebrará en el Paraíso con un banquete eterno. Y esto sin dilaciones: “Hoy estarás conmigo en el Paraíso” (Lc 23,43).

La conclusión la saca el mismo Jesús: “Habrá más alegría en el cielo por un pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de perdón” (Lc 15, 7). La novedad del evangelio está en que el amor revelado por Jesús es tan fuerte, tan poderoso, tan incontrolado, que le impulsa a cometer esos “disparates”. La pasión de Dios por nosotros es tan arrolladora que rebasa todo cálculo, toda medida, toda discreción:

A la mujer que ha sido sorprendida en adulterio, no le deja ni expresar su pecado. Antes de que pueda decirle nada, Jesús la despide con la seguridad de su perdón. “Vete en paz y no peques más” (Jn 8,11).

El padre de la parábola está tan lleno de amor que no le deja decirle la declaración de arrepentimiento tan cuidadosamente preparada. Apenas ha comenzado a hablar ya se siente abrazado, cubierto de ropas nuevas y empujado a la fiesta” (Lc 15,24).

El que, después de escuchar esta parábola, saca la consecuencia de que “Dios es bueno”, no ha entendido nada. Dios es

extraordinariamente bueno, escandalosamente bueno.

Un Silencio. El gran especialista en San Lucas, Francois Bovon dice que la estructura del texto pide, después de las Parábolas de la Misericordia, “un silencio”. Es demasiado grande lo que se nos ha dicho en esas parábolas como para poder seguir adelante. Es lo que el Papa Francisco nos insinúa en la Bula del Jubileo de la Misericordia: “Para ser capaces de misericordia, entonces, debemos en primer lugar colocarnos a la escucha de la Palabra de Dios. Esto significa recuperar el valor del silencio para meditar la Palabra que se nos dirige” (MV 13).

En el último viaje del Papa a México, en la celebración de la Eucaristía del 13 de Febrero, a todos nos sorprendió que después de la bendición final, el Papa se puso a rezar en silencio ante la Virgen por un espacio de veinte minutos. Y nos podemos preguntar ¿Era sólo un acto de piedad personal? ¿O un gesto de atención? En el discurso a los Obispos Mexicanos nos dice: “Ante todo, la «Virgen Morenita» nos enseña que la única fuerza capaz de conquistar el corazón de los hombres es la ternura de Dios. Aquello que encanta y atrae, aquello que doblega y vence, aquello que abre y desencadena no es la fuerza de los instrumentos

o la dureza de la ley, sino la debilidad omnipotente del amor divino, que es la fuerza irresistible de su dulzura y la promesa irreversible de su misericordia”.

A mi entender, el Papa quiere, con este gesto, decirnos dos cosas: primero, que la Liturgia tiene necesidad de silencios. Dice el Misal Romano: “Cuando se ha terminado de distribuir la Comunión, el sacerdote y los fieles oran un rato recogidos”. Siempre deberemos tener presentes las palabras de Romano Guardini: “Si alguien me preguntara donde comienza la vida litúrgica, yo le respondería: con el aprendizaje del silencio. Sin él todo carece de seriedad y es vano”. Sabemos que Santa Teresa de Jesús invitaba a sus monjas a permanecer orando después de comulgar. Ella había tenido bonitas experiencias de Dios en esos momentos sublimes. Santa Teresita durante los momentos después de comulgar “se abandonaba a la invasión del Amor Infinito para que desde ella, se desbordase sobre el mundo”.

En segundo lugar, cuando el Papa nos exige oración antes de ir a la misión está poniendo el dedo en la llaga. En el precioso mensaje que dio a los Obispos, les decía: “¿Acaso podemos estar de verdad ocupados en otras cosas si no es en las del Padre? Fuera de las «cosas del Padre» (Lc 2,48-49) perdemos nuestra

identidad y, culpablemente, hacemos vana su gracia. Si nuestra mirada no testimonia haber visto a Jesús, entonces las palabras que recordamos de Él resultan solamente figuras retóricas vacías”.

Es muy hermoso el texto del evangelio de Marcos donde se nos dice que a Jesús lo buscaba todo el mundo, pero antes “de madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro, se levantó, salió, y se dirigió a un lugar despoblado, donde oraba. Simón y sus compañeros le buscaron y cuando lo encontraron, le dijeron: todos te están buscando” (Mc 1,35-36).

No olvidemos el texto de vocación en el evangelio de Marcos: “Nombró a doce a quienes llamó apóstoles para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar” (Mc 3,14).

La primera tarea del apóstol es “estar con Jesús”. Y la predicación no será otra cosa sino el fruto de ese encuentro.

El mundo de hoy necesita testigos, viajeros que nos cuenten lo que ocurre cuando Dios irrumpe en nuestras vidas. El mundo de hoy quiere escuchar palabras que vienen del silencio, de la soledad, del encuentro vivo con Jesucristo. Un mundo “vacío de Dios” no puede ser llenado por personas superficiales, flojas, materialistas. Sólo puede ser llenado por personas que, como María, estén llenas de

gracia, llenas de fe, llenas del Espíritu Santo.

La respuesta. Lo que Dios ha hecho con nosotros entregándonos a su Hijo ha sido una locura de amor. Y esta locura alcanzó su cima más alta en el Monte Calvario. “De tal manera amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único” (Jn 3,16). San Pablo lo dirá de esta manera: “Me amó y se entregó por mí” (Gal 2,20). Me amó y no se lo pensó dos veces. La pasión le cegó. Y se entregó a la muerte.

Esta fabulosa oferta de amor debe tener una respuesta por parte del hombre. Y, por supuesto, esta respuesta ha de hacerla el hombre desde su libertad. Dios ofrece, pero no obliga. “Estoy a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo” (Ap 3,20).

¿Cuál debe ser la auténtica postura del hombre? La fe. Una fe que, como dice San Pablo, “obra por el amor” (Gal 5,6). En realidad se trata de creer que esto es verdad. Y aceptar con júbilo y entusiasmo lo que Dios le quiere dar.

¿Y qué pasa cuando el hombre cree de verdad? ¿Qué pasa cuando el hombre dice sí a esta formidable invitación que Dios le hace? ¿Qué pasa cuando el hombre se abre de par en par al don de Dios?.

Tendríamos antes que preguntarnos: ¿Qué pasa cuando se abre la noche a la luz de la

aurora? ¿Qué pasa cuando se abren las flores al primer rayo del sol mañanero? ¿Qué pasa cuando un niño, por primera vez, se abre en una sonrisa a los besos y caricias de su madre? Hay en todo esto algo misterioso, inefable. Así es la fe.

Hay un juego maravilloso entre Dios y el hombre, entre el amor y la fe. La fe recibe, el amor da. Por la fe el hombre llega hasta el corazón de Dios. Por el amor, Dios llega hasta el corazón del hombre. Mediante el amor, Dios se entrega al hombre, lo ama, lo enriquece, lo ennoblece, le hace feliz. Mediante la fe, el hombre se entrega a Dios, se abandona en Dios, se deja querer por Dios. Desde este momento cesan todas las leyes, todos los preceptos. Ya no hay más que una voluntad enteramente dichosa de hacer el bien. La fe nunca pregunta cuánto cuestan las obras que hay que hacer, pues, antes de que se pregunte, ya están hechas.

A Dios no hay que seguirlo a fuerza de leyes, sino a golpe de entusiasmo y, como decía Ortega y Gasset, “siempre será mejor una ilusión que un deber”. La esposa enamorada no se entrega al esposo por la fuerza o por la violencia, sino con amor jubiloso. El cristiano que se queja de lo que Dios le pide, de lo que Dios le exige, no ha entendido a Dios. Dios no pide nada sin antes dar. El mensaje de Jesús es

fascinante, cautivador. Y lo más maravilloso de todo es que Él lo puso en práctica. Cuando Jesús hablaba de las Bienaventuranzas estaba haciendo la glosa de su vida, estaba hablando de lo que él estaba viviendo.

Una comunidad cristiana no está nunca habitada por el temor, la angustia, la soledad, el miedo. Al contrario, es una Comunidad que va descubriendo diariamente la paternidad de Dios en un clima de alegría, gozo filial y serenidad ante el Padre.

Henri J.M. Nouwen, en una de sus meditaciones sobre el cuadro de Rembrandt: dice: “Ahora tengo una vocación nueva. Es la vocación de hablar y escribir desde ese lugar profundo... Tengo que arrodillarme ante el Padre, apoyar mi oído en su pecho y escuchar sin interrupción los latidos de su corazón. Entonces, y sólo entonces, puedo decir con sumo cuidado y muy amablemente lo que oigo. Ahora sé que tengo que hablar desde la eternidad al tiempo real, desde la alegría duradera a las realidades pasajeras, desde la morada del amor a las moradas del miedo, desde la casa de Dios a las casas de los hombres”.

- El Padre-Dios está al tanto de todo:
- Envía la lluvia (Mt 5,45).
 - Hace salir el sol (Mt 5,45).
 - Viste los lirios del campo (Mt 6,28).

- Alimenta los pajarillos (Mt 6,26).

- Quita la preocupación por el futuro. “A cada día le bastan sus propios problemas”. (Mt 5,34). Para Jesús el futuro no es “algo” sino “alguien”. El futuro es “corazón” del Padre.

Un cristiano que vive en esta gozosa dependencia del Padre necesariamente tiene que vivir el gozo de la fraternidad y luchar por crear un mundo de hermanos. Por eso dirá el Papa Francisco: “La Iglesia sentía la necesidad de ser en el mundo el signo vivo del amor del Padre” (MV 4). Y desea que los cristianos salgamos al mundo con signos concretos de ternura y misericordia: “En este Año Santo, podremos realizar la experiencia de abrir el corazón a cuantos viven en las más contradictorias periferias existenciales, que con frecuencia el mundo moderno dramáticamente crea. ¡Cuántas situaciones de precariedad y sufrimiento existen en el mundo hoy! Cuántas heridas sellan la carne de muchos que no tienen voz porque su grito se ha debilitado y silenciado a causa de la indiferencia de los pueblos ricos. En este Jubileo la Iglesia será llamada a curar aún más estas heridas, a aliviarlas con el óleo de la consolación, a vendarlas con la misericordia y a curarlas con la solidaridad y la debida atención. No caigamos en la indiferencia que humilla, en la habitualidad que anestesia el ánimo e impide descubrir la novedad, en el

CAPÍTULO 7: LA DULCE MIRADA

El Papa Francisco no quiere terminar la Bula del Jubileo de la Misericordia sin poner los ojos en María, la Madre de la Misericordia: “El pensamiento se dirige ahora a la Madre de la Misericordia. La dulzura de su mirada nos acompañe en este Año Santo, para que todos podamos redescubrir la alegría de la ternura de Dios” (MV 24).

Hemos hablado del “amor entrañable” de Dios a su pueblo. Ese mismo amor se hace presente y se encarna en María, esa mujer que lleva en sus entrañas al Hijo de Dios. Aquel que desde toda la eternidad ha vivido “en el seno del Padre” (Jn 1,18), comienza una existencia humana en el seno de María.

Toda la ternura infinita del Padre empapa las entrañas de María y hace que ese Hijo no se sienta extraño en este exilio. María es la primera cuna donde va a reposar el Hijo de Dios. Y esa cuna ha sido preparada y construida con la ternura y el cariño del Padre. Cuando la Virgen pronuncia la palabra “*abbá*” que antes ha sido pronunciada por su Hijo Jesús, se estremece todo su ser como se estremeció su corazón a las palabras del Ángel.

Siempre que María pronuncia la oración del Padre Nuestro renueva y actualiza el

misterio de la Encarnación, acogiendo en ella todo el cariño del Padre.

María, a medida que el Niño Jesús crecía en su vientre físicamente, experimentaba espiritualmente una “dilatación” de sus entrañas por la ternura y el amor. Esas entrañas maternas no sólo iban a cobijar a Jesús sino a toda la humanidad. Ese seno materno se iba a convertir en auténtica morada, en verdadero hogar de los hombres y mujeres del mundo. Por eso María, según la expresión de Paul Claudel, será “el sacramento de la ternura maternal de Dios”.

Cuando María fue a visitar a su prima Isabel, ésta se llena del Espíritu Santo y exclama: “¿de dónde a mí que venga a visitarme la madre de mi Señor?” (Lc 1,41-43). Siente que “la criatura que hay en su vientre da un salto de alegría” (Lc 1,44). Es la alegría de la fe. Una fe que llega a Juan a través de María.

Sabemos que la no-fe de Zacarías se convierte en “castigo saludable” al quedarse “mudo”. Y que la fe de María es premiada con un himno de alabanza: el Magnificat. Lo verdaderamente extraño es que, al soltarse la boca a Zacarías y comenzar a hablar, se le premie con otro himno en paralelo con el de la Virgen: “el Benedictus”. Y uno se pregunta: ¿Qué ha pasado para que un sacerdote

incrédulo y mudo se haya convertido en un creyente apasionado? La respuesta es sencilla: María ha vivido en casa de Isabel y no ha estado ociosa: ha ejercido el servicio de la fe. El sacerdote Zacarías puede presumir de haber tenido en su casa “la mejor catequista de todos los tiempos”. ¡Qué bien tan grande le ha hecho María al sacerdote Zacarías!. Y ¡qué bien tan grande puede hacer María a todos los sacerdotes!.

Como Obispo de esta pequeña diócesis de Tarazona, me siento “hermano entre mis hermanos sacerdotes” y con mi corazón emocionado, os digo: “Vosotros y yo, fraternalmente unidos, necesitamos en nuestra vida sacerdotal la presencia de María, nuestra Madre”. Y en este Año Jubilar os propongo y me propongo este compromiso: Durante toda nuestra vida, a lo largo del día, todos nos comprometemos a tener un encuentro entrañable, “unos momentos de ternura” con la Virgen, nuestra Madre. De esta forma nuestro servicio pastoral quedará impregnado de “sencillez, de humildad y de cariño”.

Es la mejor manera de hacer nuestras las palabras del Papa ante la Virgen de Guadalupe, en México: “Como hizo San Juan Diego, y lo hicieron las sucesivas generaciones de los hijos de la Guadalupana, también el Papa cultivaba

desde hace tiempo el deseo de mirarla. Más aún, quería yo mismo ser alcanzado por su mirada materna. He reflexionado mucho sobre el misterio de esta mirada y les ruego acojan cuanto brota de mi corazón de Pastor en este momento”.

Por otra parte, ¡qué bellas palabras de Emilio Mazariegos a propósito de los ojos de María!: “Ojos de esa mujer que supo mirar los ojos de Dios como un enamorado mira los ojos de su enamorada. En esos ojos encuentro entrada, profundidad, hondura, camino abierto hacia lo limpio, lo puro, lo bello. Son para mí como un mar infinito donde levanto mi vuelo de libertad; como cumbre de montaña donde domino el horizonte perdido; son para mí como una casa entrañable, como nido caliente, como un remanso de paz...Esos ojos dan esperanza, levantan con su mirada al abatido, comunican fe, dan seguridad al hombre que camina por valles tenebrosos. Dan amor a los que mendigan cariño. Son mirada de Dios, epifanía de Dios”.

Y quisiera despedirme de todos vosotros: sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles en general, recitando juntos las palabras de la Salve: “Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos. Y después de este destierro,

muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu
vientre. ¡Oh clementísima! ¡Oh piadosa! ¡Oh
dulce Virgen María!”.

+ Eusebio Hernández Sola, O.A.R.

+ Eusebio Hernández Sola, O.A.R.
Obispo de Tarazona

Tarazona, 19 de marzo de 2016, fiesta de San José y
quinto aniversario de mi Ordenación Episcopal.